

cómo se articulaba la iglesia española en cargos, instituciones y asociaciones, todo –claro es– desde el punto de vista histórico, como organismos que nacieron, vivieron y, en bastantes casos, murieron hace tiempo.

Ciertamente, los autores se han ceñido a esa doble finalidad temática más en las páginas dedicadas a 1800-1936 que en las referidas a la posguerra, que llegan a nuestros días. En éstas, lo político se trata más extensamente, en términos proporcionales; no podía ser de otro modo en un período tan densamente religioso como el de la España de Franco. Pero, por lo mismo, lo político vuelve a adelgazarse, por decirlo así, desde 1975 en adelante.

Llamo la atención finalmente sobre los extremos cronológicos de la obra, en sus dos versiones: no empieza en 1808, como suele ocurrir en los libros que tratan de la España contemporánea, sino en 1800. Y eso obliga a los autores a hablar de la España previa a la crisis provocada por la doble independencia (de Francia en España y de España en América): se explica en ambos casos, siquiera sea a grandes rasgos, cómo era el catolicismo español en la inmensidad de la España que se extendía por medio mundo antes de 1808 y cuál fue el alcance, por tanto, del colapso de 1808-1824 desde el punto de vista de la geografía eclesiástica (y, con la geografía, todo lo demás). Es un criterio importante porque evita la sensación habitual en la historiografía que habla de la España contemporánea, que es la de un país decadente, pequeño y metido en sí mismo. No es que se oculte este aspecto, sino que se entiende mejor por qué pudo cundir esta sensación.

Y llega la obra hasta el día de hoy. En el caso de la versión española, se habla incluso del posible trasfondo de las elecciones que hubo en el seno de la Conferencia Episcopal española en 1999. Pero distantemente. Quiero decir que los autores intentan hablar de ello como si se tratara de un hecho histórico alejado en el tiempo.

ESTHER RODRÍGUEZ FRAILE

CHADWICK, OWEN: *Acton and History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998. XIV + 270 pp.

Como el autor señala en el Prefacio, en este libro se recogen nueve trabajos, ocho ya publicados aunque reelaborados y uno de nueva factura, sobre el destacado historiador inglés del siglo XIX Lord Acton.

El capítulo I se titula «La formación de un historiador».

En este capítulo el autor se refiere, en primer lugar, a la formación científica de John Acton. Este, que era hijo de un baronet católico, cursó sus estudios primarios en París, bajo la tutela del que luego sería obispo de Orleans, Dupan-

loup y, posteriormente, realizó su enseñanza secundaria en el Roman Catholic College, de Oscott, cerca de Birmingham.

Debido a la imposibilidad de ingresar en Oxford o en Cambridge, puesto que era requisito imprescindible profesar la religión anglicana, fue enviado por su familia a la Universidad de Múnich. En esta Universidad fue discípulo de Döllinger, quien ejerció una influencia fundamental en su formación espiritual y científica.

Acompañando a Döllinger viajó a Milán, Viena y París y en esta última ciudad entró en contacto con el Conde de Falloux, uno de los principales representantes de los Católicos Liberales Franceses. Asimismo, y en compañía de Döllinger, tuvo una audiencia con el Papa, en la que conoció al archivero Theiner, quien le sería posteriormente de gran ayuda en sus estudios históricos.

En otoño de 1857 se convirtió en copropietario del periódico católico inglés *Rambler*, junto con Richard Simpson, un inteligente anglicano convertido al catolicismo procedente del Oriel College fundado por Newman.

En 1859, presionado por su padraastro para que se dedicase a la política en vez de a los estudios históricos y al periodismo, obtuvo un escaño en el Parlamento por el distrito irlandés de Carlow. Su elección fue vista con la esperanza de que el catolicismo inglés tuviera una mayor influencia en la política. Sin embargo, esta esperanza pronto se desvaneció por el escaso interés de Acton por la actividad parlamentaria.

Aunque, ciertamente, la actividad de Acton en el Parlamento fue escasa, sin embargo su estancia en éste fue una experiencia que le hizo llevar su afición histórica hacia la teoría política. Debido a ello, comenzó a escribir, primero en el *Rambler* y después en su sucesor, la *Home and Foreign Review*, una serie de artículos anónimos sobre la problemática suscitada por la invasión de los Estados Pontificios en los años 1859-1860.

Para Acton, la defensa del poder temporal del Papa no podía basarse en un plano espiritual, sino en el respeto a las normas del Derecho internacional. Por otra parte, pensaba que en las circunstancias de 1860 sería mejor, desde un punto de vista espiritual, la pérdida del poder temporal durante algún tiempo y esperar a que providencialmente fuera restaurado. Esta línea de pensamiento expresada en sus periódicos le ocasionó problemas con sus antiguos profesores, Dupanloup y el cardenal Wiseman, pero no con su amigo el cardenal Newman, quien opinaba que la pérdida del poder temporal reforzaría la posición del Papa como soberano espiritual.

Los artículos de Acton tuvieron un brusco final cuando en 1864 clausuró la *Home and Foreign Review* debido a su desacuerdo con un Breve de Pío IX, de 21 de diciembre de 1863. Este Breve manifestaba que los escritores católicos tenían no sólo el deber de aceptar las definiciones de los concilios y decretos pontificios, sino también el de someterse a las decisiones de las Congregaciones de la Curia Romana.

Tras examinar la formación científica y la actividad periodística de Acton, el autor hace una breve referencia a su noviazgo y matrimonio con Marie Arco-Valley, una aristócrata bávara católica. Durante el noviazgo hubo una ruptura por parte de Marie, que afectó a Acton tanto sentimental como profesionalmente, a causa del recelo que inspiraba a la devota familia Arco-Valley la actitud de éste respecto del poder temporal del Pontífice. En opinión del autor, la relación sentimental entre los esposos también influyó negativamente en la carrera política y en la labor científica de Acton.

El capítulo II lleva por título «En los Archivos Vaticanos».

En este capítulo el autor hace una breve historia del proceso de formación de los Archivos Vaticanos, para referirse a continuación al traslado de éstos a París en 1808, debido al deseo de Napoleón, y a su posterior devolución a Roma en 1814. Estos sucesivos traslados, en los que se perdió un tercio de su contenido, atrajeron la atención del mundo científico hacia dichos Archivos, debido, sobre todo, al auge experimentado por los estudios históricos en la primera mitad del siglo XIX. Varios investigadores alemanes, seguidos por otros de diversos países, empezaron a trabajar en los documentos de los Archivos Vaticanos. Sin embargo, dado que existía una prohibición de acceso directo a éstos, el trabajo sólo podía realizarse sobre la copia de los documentos expresamente suministrados por el Prefecto de los Archivos.

Después de exponer estas dificultades para el trabajo en los Archivos Vaticanos, el autor se refiere al archivero Theiner. Éste destacó pronto como especialista en la Historia del Derecho canónico y realizó investigaciones en Inglaterra, Holanda, Bélgica y finalmente en París, donde se sintió atraído por el grupo de los Católicos Liberales dirigido por Lamennais. En 1833 llegó a Roma y tras someterse públicamente a la autoridad de la Iglesia, de la que se había alejado, entró en el Oratorio de San Felipe Neri y fue ordenado.

El Papa Gregorio XVI, impresionado por sus conocimientos, le permitió investigar en los Archivos Vaticanos y en 1851 fue nombrado ayudante del archivero Marini. Su trabajo en los Archivos le permitió editar valiosos documentos históricos, que acompañó de un trabajo crítico riguroso. Por otra parte, invitó a personas selectas a estudiar las copias de los documentos por ellas solicitados, puesto que, como hemos dicho, nadie sin autorización podía entrar en los Archivos, bajo pena de excomunión.

Tras esta referencia a Theiner, el autor contempla el tema de las Actas del Concilio de Trento. Estas Actas, que no se publicaron, fueron coleccionadas por el Secretario del Concilio, Massarelli, en ocho volúmenes, a los que se fueron añadiendo otros documentos bajo la rúbrica general de Concilio. De forma que, en el último tercio del siglo XVIII, el número de volúmenes había aumentado a ciento cuatro.

En el siglo XIX, numerosos historiadores presionaron a Roma para que se publicaran los documentos oficiales del Concilio de Trento. Ningún otro proyecto podía ser más del agrado de Theiner y, por ello, persuadió a Pío IX de que dicha publicación era necesaria para la Iglesia. El Papa nombró una Comisión, que redactó un informe favorable en 1857, y Theiner empezó a trabajar. Sin embargo, en 1858, la Comisión cambió de criterio y recomendó que el trabajo fuese suspendido, en parte por su oposición, en contra del criterio de Theiner, a la publicación del diario del Secretario del Concilio, Massarelli. Theiner apeló al Papa, pero fue en vano, y las pruebas de imprenta fueron almacenadas.

Acton, uno de cuyos principales temas de interés científico era la historia de los Papas, entró en contacto con Theiner a partir de 1863, primero por cuenta propia y luego con el apoyo del Gobierno británico, para obtener copias de los documentos de los Archivos Vaticanos sobre la historia de Inglaterra y Escocia. A cambio de estas copias debía pagar una cantidad, en concepto de tasas, para que Theiner pudiera publicar sus ediciones de documentos sobre el poder temporal de los Papas. Así dio comienzo una relación de colaboración entre ambos de casi cuatro años de duración, aunque Acton consideraba a Theiner más un editor de documentos que un historiador.

Sin embargo, dicha relación se deterioró, sobre todo, porque Acton tuvo la certeza de que Theiner, al editar los documentos, suprimía los pasajes que desacreditaban a la Iglesia. Esta certeza le llevaría, trece años más tarde, a calificar a Theiner de «gran prevaricador de la Historia».

Finalmente, el autor alude a las dificultades en que se vio envuelto Theiner con motivo de la celebración del Concilio Vaticano I.

En el Concilio, los obispos estaban divididos en dos sectores respecto de la doctrina de la infalibilidad del Papa. Una importante minoría de unos cien a ciento cincuenta obispos no quería que el Concilio diera una definición teológica de esta doctrina, mientras que la mayoría sí lo deseaba. La posición de Theiner era incómoda, porque, aunque no participaba en el Concilio, en la opinión de la mayoría era considerado afín a la minoría por su relación con algunos de los obispos pertenecientes a ésta.

Cuando comenzó el Concilio en 1869, su modo de proceder fue objeto de controversia. Por ello, los obispos querían conocer las normas de procedimiento empleadas en el Concilio de Trento. Sin embargo, la Curia Romana no deseaba que estas normas se tomaran como ejemplo, porque quería un mayor control de los debates que el existente en Trento. Por ello, desde los primeros días del inicio del Concilio, Theiner recibió la orden de no mostrar a nadie sus documentos sobre Trento. No obstante, en la primavera de 1870 los obispos de la minoría poseían las normas de procedimiento de Trento y las emplearon en los debates. La Curia Romana dedujo que estos documentos sólo podían proceder de Theiner y,

como consecuencia de ello, éste tuvo que entregar las llaves a los Archivos Vaticanos, aunque conservó su cargo de Prefecto de los mismos.

A pesar de sus diferencias con Theiner, Acton admiró el comportamiento de éste en la adversidad. Por ello, cuando Theiner murió en 1874, escribió una nota necrológica afirmando que, a pesar de sus defectos, la muerte de éste dejaba un vacío entre los estudiosos europeos que nadie podía llenar.

El capítulo III, bajo la rúbrica «En el Concilio Vaticano Primero», está dedicado al estudio de la actividad llevada a cabo por Acton para evitar la declaración de la infalibilidad pontificia.

Convocado el Concilio en diciembre de 1869, Acton decidió ir a Roma para tratar de influir, a través de los obispos que conocía, en contra de la declaración de la infalibilidad papal. Esta decisión, como comenta el autor, resulta cuando menos sorprendente, porque Acton era un laico no versado en Teología y, además, había sido discípulo de Döllinger, cuya ortodoxia era sospechosa.

Sin embargo, Acton tenía una gran confianza en sí mismo y, además, pensaba que sus conocimientos históricos resultarían valiosos para algunos obispos cuando se discutiese el tema de la infalibilidad. Por otra parte, tenía una cualidad de peso: era amigo de Gladstone, que al inicio del Concilio era Primer Ministro. Por ello, y dado que Gladstone podía influir en Napoleón III para que retirara al ejército francés de Roma —paralizando así el Concilio— Acton no podía ser considerado por los obispos como un observador más.

Sobre estas bases, comenzó sus encuentros con algunos de los obispos —Schwarzenberg, Haynald, Strossmayer, etc.— opuestos a la declaración de la infalibilidad del Papa. Además de esta actividad, empezó a escribir a partir de 1870 cartas anónimas para que se publicaran en el *Allgemeine Zeitung*, periódico utilizado por Döllinger como vehículo de los comentarios hostiles a la doctrina de la infalibilidad. Estas cartas, junto con las escritas por Döllinger también anónimamente, se publicarían más tarde bajo el título *Cartas desde Roma por Quirinus*.

La lentitud de las discusiones conciliares hizo ver la necesidad de unas nuevas normas para agilizar el procedimiento de los debates. Entre estas normas, promulgadas el 22 de febrero de 1870, estaban las que establecían la posibilidad de adoptar decisiones por mayoría simple. Esta posibilidad causó un gran revuelo, porque, al no establecerse expresamente nada en contrario, cabía aplicar la decisión por mayoría simple no sólo a la resolución de cláusulas particulares, sino también a la aprobación de los decretos dogmáticos. A partir de este momento, el principal interés de Acton fue defender en sus cartas el principio de que no era posible definir una cuestión dogmática si no existía entre los obispos unanimidad moral.

La influencia de Acton entre los obispos de la oposición fue perdiendo fuerza desde marzo de 1870, hasta quedar reducida a un pequeño número de ellos, entre los que se encontraban Dupanloup, Strossmayer y Hefele. No obstante, en algunos momentos de marzo y abril de dicho año, Acton creyó poder lograr algún éxi-

to. La ocasión se le presentó cuando Strossmayer, en la sesión del 22 de marzo, habló en contra de un documento que consideraba a los protestantes infieles modernos y atacó también la norma de la decisión por mayoría simple de votos.

Aprovechando estas circunstancias, Acton convenció al enviado de Prusia para que escribiera a Bismarck pidiéndole una intervención ante el Pontífice. Bismarck telegrafió el 30 de marzo para que se informara al cardenal Antonelli que, si el mencionado documento atacaba de esa manera la religión del rey y por tanto al rey, *sería inevitable que su Majestad exigiera públicamente el regreso a sus diócesis de los obispos del norte de Alemania*. Sin embargo, cuando el telegrama llegó a Roma, el ofensivo documento había sido ya retirado.

A finales de mayo, Acton se convenció de que la oposición estaba vencida y el 10 de junio abandonó Roma. La víspera de su partida escribió una carta a Döllinger en la que concluía: *En todo caso, creo que he cumplido con mi deber en Roma*.

A juicio del autor, aunque los obispos de la oposición y Acton fracasaron en sus propósitos, consiguieron más de lo que pensaron. Es decir, impidieron que el Concilio fuera el fiero ataque contra la sociedad liberal europea que querían los ultramontanos y que, en más de una ocasión, estuvieran a punto de conseguir.

Cuando el decreto sobre la infalibilidad se aprobó el 18 de julio de 1870, Acton no admitió su derrota y comenzó una campaña para que no fuese aceptado en la Iglesia Católica.

El capítulo IV recibe el título de «Después del Concilio».

El autor menciona, en primer término, como uno de los intentos de Acton para luchar contra el decreto sobre la infalibilidad, la carta abierta a un obispo alemán, pero en realidad dirigida a todos los obispos de la minoría del Concilio, publicada en agosto de 1870. En ella, Acton, tras manifestar que gran parte del mundo católico consideraba a los obispos de la minoría como los verdaderos testigos de la fe, se lamentaba del abismo existente entre los discursos que pronunciaron en el Concilio y su actual silencio. Sin embargo, estos intentos resultarían vanos, porque con la toma de Roma por las tropas italianas el 20 de septiembre de 1870, el Concilio quedó aplazado *sine die* y los obispos de la oposición se sometieron al decreto sobre la infalibilidad. Acton jamás perdonó estas sumisiones.

En segundo término, el autor examina el viaje de Acton a Roma en octubre de 1870. Dos eran los propósitos de este viaje. En primer lugar, pensaba que podía servir de ayuda a los nuevos dueños de Roma para solucionar la situación del Papa. Y, efectivamente, habló con algunos miembros del Gobierno, quienes le aseguraron una solución de la *Cuestión Romana* que satisfacería tanto a la Iglesia Católica como al Estado italiano. En segundo lugar, tenía la esperanza de conseguir que el nuevo Gobierno nacionalizase la Biblioteca y los Archivos Vaticanos y permitiese trabajar en ellos a los investigadores de todos los países.

En relación con este segundo propósito, es preciso tener en cuenta que durante los primeros años de vida del nuevo Estado los Archivos permanecieron cerrados. Sin embargo, en los últimos años de su vida, Acton manifestó que él fue quien dio el primer impulso para lograr la apertura de estos Archivos. A primera vista, como señala el autor, esta manifestación resulta ridícula, porque a partir de junio de 1870 Acton no era una persona grata para la Curia Romana, estando incluso a punto de ser excomulgado en 1874-1875. Y, de hecho, no volvió a trabajar en los Archivos Vaticanos.

No obstante, es necesario recordar que, cuando negoció con Theiner por cuenta del Gobierno británico la copia de documentos en los Archivos Vaticanos, Acton solicitó el nombramiento de un ayudante para llevar a cabo esta misión. El nombramiento recayó en Joseph Stevenson, quien, cuando Acton se opuso en 1870 a la declaración de infalibilidad y por ello el trabajo de transcripción bajo su dirección supuso una responsabilidad para el Gobierno británico, empezó a trabajar personalmente en los Archivos Vaticanos a partir de octubre de 1872, tras una entrevista con el cardenal Antonelli. Sólo en este sentido cabe entender y aceptar la anterior manifestación de Acton.

Acton pensó escribir una historia del Concilio Vaticano I y de acuerdo con este propósito publicó un artículo, pero abandonó el plan. Por otra parte, no volvería a Roma hasta pasados diez años. Incluso durante mucho tiempo, es decir, hasta que fue profesor en Cambridge, no quiso volver a escribir ni a hablar del Concilio, que recordaba como el gran fracaso de su vida.

«Acton y Newman» es el título del capítulo V.

La finalidad de este trabajo es examinar las razones por las que dos personas amigas se transformaron en enemigas.

Acton conoció a Newman cuando aquél era un muchacho de dieciséis años y Döllinger le llevó a Inglaterra desde Múnich a visitar a los líderes católicos, entre ellos a Newman, que ya habían fundado el Oratorio en Birmingham. Desde el primer momento, ambos se profesaron un afecto mutuo.

Su amistad pudo haber terminado como consecuencia del Concilio Vaticano, pero sin embargo no fue así. Para Newman la definición sobre la infalibilidad fue dolorosa, pero él siempre había creído en la infalibilidad de la Iglesia. A su juicio, la forma de expresar ésta podía cambiar o desarrollarse en la vida de la Iglesia. Por ello, era preciso aceptarla y más adelante se comprendería mejor su significado que en el momento presente. Esta postura resulta inaceptable para Acton, quien pensaba que la definición era una declaración reprobada por la Historia. Por ello, el único camino posible para un católico era no tenerla en cuenta.

Cabía, igualmente, esperar que Newman reprobaría la actitud de Acton, sobre todo cuando éste escribió una serie de cartas al *Times* defendiendo su postura y cuando en los archivos de la Congregación de *Propaganda Fide* comenzaron a aparecer peticiones solicitando su excomunión. No obstante, en estos

momentos en los que Acton perdió su credibilidad como católico, Newman le defendió contra los ataques que sufría desde diversos sectores de la Iglesia. Esta defensa hizo aumentar aún más la admiración de Acton por Newman, hasta el punto de llegar a decir a Gladstone que le consideraba el más grande de los católicos ingleses desde la Reforma.

Sin embargo, en 1880 Acton escribió a Mary, la hija de Gladstone, una carta en la que afirmaba que Newman era un hombre muy competente, pero diabólico. A juicio del autor, este extraordinario cambio de actitud se debió posiblemente a la aceptación por Newman del capelo cardenalicio en 1879. Para Acton, esto significaba estar de acuerdo con el Papa y aceptar su infalibilidad, lo que en su opinión era inaceptable.

Durante más de diez años Acton y Newman no volvieron a verse y sólo se encontraron durante una breve visita en 1897, poco antes de la muerte de éste. Sin embargo, cuando murió Newman, Acton suavizó sus opiniones respecto de su antiguo amigo e incluso pensó en escribir su biografía. Este cambio de actitud obedeció, en opinión del autor, a la doble tensión existente en Acton respecto de la figura de Newman. Por una parte, para Acton, éste se había comprometido con el Papado y al hacerlo asumía las vilezas del pasado de la Iglesia, realizando así la labor del diablo. Pero, por otra, Newman era un hombre de auténtica espiritualidad, había luchado por la verdad, tenía sensibilidad histórica y, además, era la única persona influyente que le había apoyado en el momento más bajo de su vida. Por ello, a pesar de censurarlo, Acton nunca se desdijo de su opinión de considerar a Newman como el católico más grande existente en Inglaterra desde la Reforma.

El capítulo VI, cuyo título es «Con Gladstone», examina la relación entre Acton y este político del Partido Liberal, que fue varias veces Primer Ministro.

Para el examen de esta relación, el autor tiene especialmente en cuenta la correspondencia mantenida por Acton con diversas personas, sobre todo con Mary, la hija de Gladstone. El grupo más importante de estas cartas fue escrito entre 1879 y 1886. Basándose en esta correspondencia, el autor se pregunta si Acton utilizó a Mary a través de sus cartas para así tener influencia sobre su padre.

A su juicio, no cabe responder a dicha pregunta de una manera inequívocamente afirmativa, sino con una serie de matizaciones. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que Acton no trataba simplemente de halagar, porque admiraba sinceramente a Gladstone y le consideraba el mayor político inglés, solamente igualado por Edmund Burke. En segundo lugar, a diferencia de otras personas que escribían a Mary porque era hija del Primer Ministro, Acton lo hacía porque encontraba en ella una persona capaz de entender y apreciar el valor de sus conocimientos y sus juicios. Sin embargo, era inevitable que Mary comentase con su padre algunos de los pasajes sobre cuestiones políticas contenidos en las cartas y, ciertamente, Acton no se opuso a ello. Por ello, estas cartas, que comenzaron siendo privadas, se fueron transformando con el tiempo en mi-



sivas también al padre de la receptora. Y, en este sentido, la amistad entre Mary y Acton cimentó la relación entre éste y Gladstone. Acton se convirtió de este modo para Gladstone en un culto asesor, que usualmente vivía fuera de Inglaterra y contemplaba la política británica bajo los mismos principios que éste.

En 1879, Acton y su familia se fueron a vivir a la Costa Azul. Gladstone y su hija le escribieron numerosas cartas, instándole reiteradamente a volver para ocuparse de sus obligaciones políticas. Sin embargo, Acton continuó viviendo en el extranjero, alegando tres razones: su familia, su deseo de residir en Europa y sus modestos medios económicos.

En relación con esta última razón, señala el autor que la fortuna de Acton no era grande, y en 1889 se encontró al borde de la quiebra, teniendo que pedir para evitarla un importante préstamo. Como garantía se acordó que su biblioteca, de unos 60.000 volúmenes, sería subastada en el verano de 1890 para pagar parte del préstamo y de los intereses. Ante esta situación, Gladstone convenció al millonario americano Andrew Carnegie, que se hallaba de viaje por Inglaterra, para que comprara la biblioteca sin que Acton se enterara, con la condición que permanecería en poder de éste hasta su muerte. Esta actuación prueba, sin duda, la admiración y la amistad de Gladstone por Acton.

A continuación, se plantea el autor si la relación entre Acton y Gladstone tuvo consecuencias para la política británica. A su juicio, la influencia de Acton sobre Gladstone fue más intelectual que política, aunque aquél pensara que había tenido un peso decisivo en algunas cuestiones políticas, como en el diseño de la autonomía para Irlanda.

Según el autor, quizá el momento más importante de la vida política de Acton tuvo lugar en el verano de 1892, con motivo de las elecciones generales. En julio de este año, acompañó a Gladstone a casa de Lord Rosebery en Dalmeny y allí se planteó el nombramiento de un sucesor de aquél, dada su edad. Por otra parte, Rosebery comunicó a Acton su deseo de formar parte del Gobierno, si se ganaban las elecciones, a condición de ser nombrado Ministro de Asuntos Exteriores. Acton ejerció una adecuada labor de mediación entre ambos políticos.

Posteriormente, una vez ganadas las elecciones, Acton participó muy ilusionado en el diseño de la composición del Gobierno, porque Gladstone le dijo que formaría parte del mismo. Sin embargo, Acton tenía enemigos importantes entre los líderes del Partido Liberal y cuando el nuevo Gobierno quedó formado, en agosto de 1892, no fue incluido en el mismo. A juicio del cardenal Manning, juicio compartido por el autor, Acton perdió la posibilidad de hacer carrera en la política cuando se puso a favor de los obispos de la oposición en el Concilio.

Cuando murió Gladstone, en 1898, su hija Mary decidió publicar las cartas que Acton le había escrito, pero éste le persuadió para que esperase tres años. Las cartas fueron finalmente publicadas dos años después de la muerte de Acton.

En el capítulo VII, titulado «Döllinger y Acton», se contemplan las razones del cambio de actitud de éste hacia su maestro.

Hasta 1879, Döllinger fue para Acton no sólo su maestro y guía en la historia, sino también una especie de padre y gurú. Sin embargo, a partir de dicha fecha y hasta la muerte de Döllinger, éste continuó siendo para Acton un amigo y un estimado profesor, pero perdió la consideración de padre y gurú. Ciertamente, la situación en la que ambos se encontraban desde la citada fecha era extraña. Döllinger, sacerdote católico, había sido excomulgado por rechazar los decretos del Concilio y sin embargo se sentía sereno frente a la Jerarquía, pensando que su excomunión era inválida. Por su parte, Acton, que no había sido excomulgado, sentía contra la Jerarquía una amargura mucho mayor que Döllinger.

En estas circunstancias, Acton se empezó a plantear por primera vez en su vida una serie de preguntas críticas no sólo sobre la actitud de su maestro frente a la Iglesia, sino también respecto de la metodología histórica empleada por éste. Ante esta situación, el autor se pregunta si la nueva actitud de Acton se debió a un profundo cambio emocional en su vida. En su opinión, aunque Acton tuvo a partir de 1878 una serie de problemas familiares, entre ellos la muerte de una hija, que le sumieron en una intensa melancolía, esta situación emocional no tuvo nada que ver con el deterioro de su relación con Döllinger.

Cuando la discusión fue en aumento, comenzó a aparecer entre ambos una separación intelectual distinta de la originaria, que era moral. Acton empezó a cuestionarse si las verdades históricas mantenidas por Döllinger eran ciertas y si sus métodos de investigación eran los más adecuados. Desde 1882, empezó a sentirse cada vez más influido por historiadores protestantes—Rothe y Ranke principalmente— de forma que en la última etapa de su vida consideraba a este último y no a Döllinger su maestro en la historia. Esta actitud hizo que Acton se sintiera cada vez más solo. En efecto, en cuanto católico rebelde era sospechoso para casi todos los católicos, y en cuanto católico, numerosos protestantes desconfiaban de él.

En 1890 murió Döllinger, a la edad de noventa años. Su muerte fue para Acton como la de un padre que ha mantenido con su hijo una relación llena de altibajos. A la muerte de aquél, empezó a reunir materiales para escribir su biografía. Entre éstos, hay una serie de cartas que demuestran que la muerte de Döllinger no hizo resurgir la vieja intimidad.

Varios son los temas que examina el autor en el capítulo VIII, bajo el título «El profesor Lord Acton».

En primer lugar, se detiene en el nombramiento de Acton como *regius professor* de Historia en la Universidad de Cambridge, tras la vacante dejada por la muerte de Sir John Seely.

Como señala el autor, existían diversas dificultades para este nombramiento. Una de ellas era que el candidato debía ser un graduado por Cambridge, y Acton no lo era. Esta dificultad se resolvió mediante un dictamen, en el que se

defendía la tesis de que la graduación por Cambridge era sólo una costumbre y no un requisito necesario.

Otra de las dificultades estribaba en que otro profesor perteneciente al Partido Liberal, Browning, también aspiraba al cargo. Al final, el Primer Ministro, Lord Rosebery, propuso a Acton y éste fue nombrado.

A Gladstone, sin embargo, no le gustó demasiado el nombramiento, porque pensaba que Acton podría emplear mejor sus facultades intelectuales en campos más amplios que el de una cátedra en la Universidad.

En segundo lugar, el autor se refiere a la lección inaugural pronunciada por Acton.

La lección, que tuvo un gran éxito, fue pronunciada el 11 de junio de 1895. En ella había una parte teórica, constituida por un resumen del ideal histórico de Acton, y una práctica, que contenía diversos consejos a los alumnos sobre la forma de aprender la Historia. Pero, además de esto, Acton perseguía otros fines con esta lección. Necesitaba demostrar a su audiencia protestante que un historiador católico no es necesariamente antiliberal ni fanático frente a las sectas protestantes. Además, tenía que probar ante la Universidad que la Historia es un poderoso entrenamiento de la mente y no una materia de segundo orden en comparación con el Latín, el Griego o las Matemáticas.

En tercer lugar, el autor examina la actividad docente de Acton. Las lecciones dadas en el año 1895 tuvieron como tema la Revolución Francesa y constituyeron un gran éxito. Sin embargo, estas lecciones, como las restantes que dio Acton, no resultaban muy adecuadas para la preparación de los exámenes, porque no constituían tanto un conjunto de enseñanzas como una revelación de la personalidad del profesor.

Tras mencionar brevemente, en cuarto lugar, la labor de Acton en la organización de los estudios de Historia en la Universidad, el autor se refiere, en quinto lugar, a su labor entre los alumnos. En este punto, los esfuerzos de Acton por resaltar la importancia de los estudios históricos dieron como resultado la formación de un conjunto de importantes discípulos, entre los que cabe mencionar a R. V. Laurence, Figgis, Gutteridge, Trevelyan, etc. Por otra parte, fundó la Sociedad Histórica del Trinity College, que aún perdura.

El autor examina, en sexto lugar, los principios de ética política de Acton. Entre ellos, cabe mencionar los siguientes:

- La Historia constituye la conciencia de la Humanidad.
- El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente.
- El supremo valor de la persona frente al Estado. Por ello, el respeto de los derechos humanos constituye una necesidad para cualquier forma moral de Estado.
- La libertad es una frágil y preciada posesión, que es preciso defender a toda costa.

– La libertad de prensa es una necesidad para el desarrollo de las libertades del ciudadano, no siendo concebible que pueda darse un abuso de la misma.

En séptimo lugar, el autor contempla la contribución de Acton a la Historia Moderna de Cambridge. Respecto de esta cuestión, pone de manifiesto que la Universidad encargó a Acton la dirección de una Historia Universal en 1896. Éste aceptó y empezó a escoger a los colaboradores. Sin embargo, la obra se fue demorando y en abril de 1901 Acton sufrió un ataque de apoplejía. Pocos meses más tarde, su hijo envió una carta a la Universidad, en la que comunicaba la renuncia de su padre.

El objeto del capítulo IX, que lleva por título «La biblioteca de Acton», es el examen de la composición y el destino del patrimonio bibliográfico de éste.

Acton poseía una extensa biblioteca, que cuando murió pertenecía al millonario americano Andrew Carnegie, el cual la había adquirido a instancias de Gladstone para salvar a aquél de la quiebra. Como a Carnegie no le interesaba especialmente, a la muerte de Acton cedió la biblioteca al escritor y miembro del Partido Liberal John Morley. Éste la donó, a su vez, a la Universidad de Cambridge, pero utilizó la donación como medio de presión para influir en la elección del sucesor de Acton en la cátedra.

La biblioteca, de unos 70.000 volúmenes, tenía como base los libros heredados de su familia, consistentes en textos del siglo XVIII sobre diferentes temas. Junto a estos libros, estaban los pertenecientes a la biblioteca de su profesor en Múnich Ernst von Lasaulx, que Acton compró a su muerte. Finalmente, estaban los libros comprados por Acton y los que le regalaron.

Los dos temas básicos que guiaron su adquisición de libros fueron el estudio de la libertad en las constituciones y en la vida social y la historia del Papado desde la Contrarreforma hasta la Revolución Francesa. Sin embargo, con posterioridad a 1874, el interés de Acton se dirigió hacia la temática de la sociedad y la ética en Europa y de la historia de Francia, sobre todo la referente a cuestiones locales.

Cuando la biblioteca de Acton llegó a Cambridge, se encargó al bibliotecario de la Universidad Francis Jenkinson su ordenación y catalogación. Gracias a su labor y a la de sus colaboradores, la biblioteca de Acton se convirtió en una de las posesiones más preciadas de la Universidad de Cambridge.

El libro termina con un completo Índice onomástico, que sirve de gran ayuda para localizar a las personas y a los principales acontecimientos que aparecen en el texto.

Como resumen, cabe decir que, aunque el libro del profesor Chadwick contiene algunas reiteraciones debidas a su composición por artículos escritos en diferentes años, nos encontramos ante una obra sumamente completa e interesante sobre Lord Acton, los personajes que conoció y las circunstancias políticas y culturales en las que vivió inmerso.